

Dicele, que un padre anciano,
sin mas apoyo y sostén
que aquella niña, que victima
de algun capricho tal vez,
á la oscuridad de un claustro
fuese inesperta á esconder,
llora sin tregua, y añade
y da por cierto tambien
que la vida ha de costarle
al buen viejo; y que ni es ley
de todo el que nace humano,
ni á un prelado le está bien
consentir el que así muera
quien por Cristo y por su fe,
su vida, que ahora pelagra,
espuso mas de una vez.

Y en fin concluye diciéndole
que si necio ó descortés
no da á su demanda oido
se irá con su queja al rey;
que el rey atiende las suplicas
de un hidalgo de su prez.—

Poco esperó D. Enrique
la respuesta á su papel,
que al cabo de unos instantes,
al honrado feligres
del convento, y portador
de su pliego, vió volver
con otro pliego en la mano
rotulado „A sor Inés,
Abadesa del convento
de las carmelitas”.... „Leed,”
dijo el hidalgo á la monja
despues de hacer que el papel
á dar á sus manos fuese
por el torno; abrióle pues
la Abadesa, y con enojo
leyó la respuesta en él
que en favor de D. Enrique
daba el vicario; esta fué:

„Que atendidas las razones
que el forastero tenia
para entrar, entrar podia,
mas bajo estas condiciones.
Que abiertos ya los cerrojos,
por si con la vista en algo

pecar pudiera, al hidalgo
se le vendasen los ojos.

Que á la voz de una campana,
que al efecto se tocase,
por precaucion se encerrase
en su celda cada hermana,

Y que en ella se estuviera
sin vista, ni voz ni oido,
hasta que el mismo tañido
la campana repitiera.

Que dos de ellas, bien cubiertas
con el velo acostumbrado
condujeran al vendado
por corredores y puertas.

Que con él hasta el jardin
las dos tambien se salieran
y que allí testigos fueran
de sus acciones, y en fin,

Que despues que su mision
haya el mancebo acabado,
por donde, y como hubo entrado
salga, y se cierre el porton.

Hízose al pié de la letra
cuanto mandaba el vicario;
corrierónse los cerrojos
vendóse al punto el hidalgo;
Sonó ronca una campana
y quedó desierto el claustro.

Cubriéronse las dos monjas
con sus respectivos mantos;
púsose la dueña en pié
á la voz de Enrique, y ambos
en el sagrado recinto
de aquel monasterio entraron.

Poco despues de su jardin ameno
emboscados los dos tras la enramada,
ansiosos esperaban, que María,
por sus floridas calles se asomara.

Inmóviles, silenciosas las dos monjas
y de aquel sitio á regular distancia
se preparaban á escuchar, medrosas,
la escena, que sacrilega llamaban.

(Concluire)



CARTA APOLOGÉTICA

de D. Pantaleon Zacarias Escribidor Galicin, de la Gerigonza y Articlejo á Calamocha, con motivo del sueño que este tuvo y cuya descripcion publicó en el LICEO MEXICANO, bajo el rubro de

EL OCEANO DE TINTA.



Periodico-polis y julio 12 del año de gracia de 1844.



SEÑOR Calamocha: A pesar de que no he tenido la desventura de conocer á V., doy por supuesto que ha de ser uno de esos mozalvetes barbiponientes y temerarios sin mas erudicion que la que puede proporcionar la gramática de Antonio de Lebrija mal traducida y peor decorada, y sin mas saber que el que buenamente se pueda extraer de las obras de esos escritores á quienes vienen como de molde aquellos versos de Parny:

„Ils écrivaient; mais, hélas !quels écrits!
„Ils entassaient dans leurs tristes récits
„Les vieux donjons et les nonnes sanglantes,
„Les sots géôliers, les grilles, les cachots,
„Des ravisseurs de Lucreces galantes,
„De grands malheurs, et des crimes nouveaux,
„Des clairs de lune, et puis les crépuscules,
„De longs sermons, des amans sans amour,
„Des spectres blancs, des tombeaux, une église....

Repito que juzgo á V. individuo de esa numerosa corporacion de sabios que ha tomado por asalto el Templo del Saber, lanzando de él á los legítimos poseedores con la misma urbanidad con que Cromwell lanzó del Parlamento á los representantes del pueblo inglés. Si Sr. Calamocha, escritor empírico y novel, V. me ha venido á afirmar en que es cierto, ciertísimo aquel proloquio que dice: „No hay cosa mas atrevida que la ignorancia.” ¡Atreverse á criticar á los periodistas como nosotros! ¡Válgate Dios por el tal D. fulano Calamocha y que hueco y que horondo que estará con su

mal zurcido papasal! ¿Y creeria V. que no lo habiamos de contestar? Pues, á fé mia, que se ha pegado chasco. Escuche con la debida humildad la siguiente repasata y no vaya á suponerse que le respondemos porque nos hagan mella sus sosas agudezas, sino porque, siendo hecho averiguado que en esta tierra de bendicion siempre se adjudica la palma de la victoria al que habla al último, esta consideracion nos obliga á quebrantar el silencio del desprecio. Y no se espante V. de que le hable en primera persona de plural, porque esto dimana de que así como el Cancerbero era segun Shakespeare „tres caballeros á la vez” (*three gentlemen at once*) así tambien yo, D. Pantaleon Zacarias Escribidor Galicin, de la Gerigonza y Articlejo, soy ni mas ni menos que todos los periódicos que V. ha injuriado, y algo mas. Tenga V. la bondad de poner ese *algo mas* despues de *periódicos* y dispense la molestia.

Comienza V. por citar á Ciceron. ¡Donosa ocurrencia! ¿Qué no sabe V., pobre hombre, que ya no se usa Ciceron? Sigue V. con motivo de esto diciendo que los hombres ven reproducidas en el sueño las ideas que mas impresion les han hecho mientras despiertos, y que de consiguiente V. como periodista piensa todo el dia en su periódico y con él debió forzosamente de soñar. Pues con esto (si no hubiera otros méritos) bastaba para calificarle de periodista espurio é indigno de semejante nombre. Amigo, el verdadero periodista no se acuerda del periódico mas que el dia del corte de caja mensual: ya se ve, V. será uno de esos

eres viles y rastreros que escriben de valde. Puf, que asco!

Dejémos aparte la peregrina idea del oceano y démosle á V. el parabien por el adecuadísimo símil que encontró para sí y para sus compañeros. En efecto, ese símil prueba la exactitud con que podemos decir: que *no tenemos necesidad de calabazos para nadar.*

Por principio de cuentas le recuerda V. al Zurriago la descomunal y tremebunda batalla del Parian:

„Infandum, Regina, jubes renovare dolorem.”

¿No considera V. que esa herida está fresquecita, y que sus torpes dedos la han de volver mas dolorosa al manejarla? Milagro es que no dijera V. por añadidura que la crítica del Zurriago era puramente gramatical, que siempre escogia antagonistas débiles é insignificantes (como *verbi gratia* el Diario del Gobierno,) que en todas sus campañas salia como Napoleon en Waterloo, enfin, tantas cosas como podia haber añadido la viperina lengua de V.

Mucho tengo que decirle á V. con respecto al Siglo XIX, porque no puedo perdonar la injusticia con que lo ha juzgado. El Siglo no es un periódico de tornasol como V. dice. El Siglo es una especulacion inocente que comenzó despues de esa revolución llamada de la *regeneracion* (y que en efecto lo ha sido, pues que de entonces acá todos los mejicanos hemos mudado de piel;) digo pues, que el Siglo comenzó con la regeneracion y despues con motivo de una *regenerada* que le dieron á la libertad de imprenta, tuvo la prudencia de callar, advirtiendo en una patética despedida que no seguia hablando porque le habian tapado la boca. Pasaron dias y como quiera que la libertad de imprenta se vió mas restringida, el Siglo por medio de una lógica excelente formó este silogismo:

La publicacion del Siglo se suspendió porque no habia libertad de imprenta;

Sed sic est que ahora hay menos todavia que en la época de la suspension.

Ergo ahora se debe continuar la publicacion del Siglo.

Así fué; el Siglo volvió á aparecer y en sus editoriales habrá V. leído con admiracion brillantes artículos de política *general*. Esto prueba que no es un periódico de circunstancias. El Siglo sostuvo con calor las prohibiciones, y si bien despues defendió á espada desenvainada la introduccion de papel extranjero libre de derechos, esto fué por una razon intachable, esto fué por un motivo muy racional, esto fué. . . . porque el Siglo XIX se imprime en pa-

pel. Nunca forme V. juicios temerarios, Sr. Calamocha; nunca infiera V. de la prudencia con que se maneja un periodista que el periodista tiene miedo, ni juzgue que se contradice cuando no hace mas que defender sus propios intereses.

Injusto fué V. con el Siglo y no lo ha sido menos con el Diario del Gobierno. Esta preciosa caricatura del Monitor, es interesantísima por la amenidad de su boletín, por sus frecuentes editoriales, por la armonía que siempre guarda con la representacion nacional, enfin, por otras muchas prendas que la caracterizan. Hay gentes menguadas que dicen que el Diario es un perpetuo panegirico que *nada* se parece al de Trajano, que nunca contesta con razones sino con amenazas, que un dia dice que lo blanco es negro y al siguiente que lo negro es blanco, y al otro que ya no hay nada de lo dicho; pero todas estas calumnias son dignas de desprecio, y por lo que toca á las contradicciones en que incurre voy á referir una anecdotita que viene muy al caso: decia un abogado veneciano una causa en que habia dos fallos contradictorios del mismo tribunal y con el objeto de manifestar á los serenísimos senadores el profundo respeto con que miraba sus disposiciones les habló de esta manera: „*Il mese passato le vostre eccellenze hanno giudicato così; é questo mese nella medesima causa, hanno giudicato tuttòl, contrario, sempre ben.*” ¡Lo mismo vosotros, mis queridos diaristas! Hoy decis uno y mañana otro, pero *sempre ben.* Pasemos al Cuadro Histórico, Sr. Calamocha, porque al hablar del Diario me enternezco.

Pensaba yo darle á V. una buena felpa por la irreverente manera con que trata á ese venerable monumento de lo que hicimos y de lo que no hicimos, pero lo dejo para otra vez en atencion á que esta carta va siendo larga y todavíatengo mucho que decir.

Hétenos aquí en el Museo. ¿Con que sus redactores hacen vapor sin fuego? ¿Con que *novelizan* la historia del pais? ¿Con que no hablan español? Presumo lo que V. me puede contestar; sobre poco mas ó menos será esto. Si, Señor, hacen vapor sin fuego porque escarben viages sentimentales en el estilo de Sterne sin haber estudiado á Sterne; *novelizan* la historia del pais porque dicen que en el año 1810 habia serenos en el pueblo de Dolores porque ponen en boca de Morelos lo que jamas pensó decir; no hablan español porque. . . . basta, basta, esa es pura envidia: en su vida es

capaz de comenzar un artículo de costumbres con la gracia con que comienza este:

—Chó! chó! arre! para!

—Arreal chó! chó!

—Aquí tiene su mercé los *andantitos*

—Hola! aquí están los burros.

—¡Arriba muchachos! ¡los burros!

—Este ligerito es el mio.

—Paulita.

—Chucha.

—Muchachas.

—A escojer sus cabalgaduras.

—Este es el mio.

—Tara ra ra, ta ra rá: mamá este burrito es el mio.” etc. etc.

No sé que quiere V. dar á entender cuando dice que el Correo francés (y no fransés como puso el cajista de V.) iba cargado de diccionarios de la conversacion. ¿Será por ventura que de allí saca sus editoriales?

Grande impresion le han hecho á V. las trasposiciones de la Hesperia, y así debia por fuerza de suceder porque V. es incapaz de apreciar las bellezas del estilo; V. tacha de oscuras sus pomposas frases y yo le respondo que esa oscuridad es precisamente la que mas realce les da: ese es el punto de semejanza que tiene la Hesperia con los libros sibilinos, cuyo principal mérito consistia en que nadie los podia comprender.

Hasta aquí he logrado conservar la paciencia; mas mucho me temo que va á dar á pique la poca dosis que me resta, al ver lo que dice V. del Mosquito Mexicano.

La sangre me hierva cuando recuerdo la insolencia con que trata á un periódico cuyo noble fin es revelar los secretos de la vida privada, servir de instrumento á la venganza y al despecho, marchitar la reputacion de los ciudadanos, y admitir y dar á luz toda clase de acusaciones por injustas y personales que sean. . . . ¡Sublime mision la del Mosquito! ¿Y es posible que el empedernido corazon de V. no le tribute la debida admiracion? ¡¡Oh!! ¡¡Ah!! como esclama D. Amadeo en la Marcela.

Con estrañeza he visto que no ha atacado V. al Observador judicial echándole en cara su propio nombre: un Zoilo de su calibre hubiera dicho cuando menos que ese título de Observador indica que debia vigilar sobre todos los tribunales, indicar lo bueno y malo que en ellos hubiera, los medios de corregir los abusos, enfin dar el lleno debido á su mision, y no contentarse con presentar una segunda edicion de las providencias del gobierno.

Las objeciones que V. hace al Ateneo se re-

ducen á estas dos: 1.ª que tiene muchos redactores y pocos de ellos trabajan: 2.ª que el cuaderno suelto vale cinco reales. A las dos le contesto á V. que

Non tali auxilio, nec defensoribus istis
Tempus eget

pues que V. ni es redactor de ese periódico, ni apoderado del público. Si le escuece á V. lo de los cinco reales suscribase y de esta manera le costará tres, lo que es mucho mas barato, puesto que si habia V. de desembolsar cinco reales por número y despues de leerlo no le habian de quedar ganas de gastar otros cinco, de esta manera le sale por seis reales al mes y tiene V. el privilegio de no pasar sus ojos por él y dejarlo para que aprenda su casera geografia, leislacion, y que sé yo que mas.

Con placer he visto lo que dice V. del Lucero de Tacubaya porque en eso ha descubierto la cortísima dosis de sentido comun con que á natura plugo dotarle. Hombre de Dios, ¿cómo puede ser que el Lucero se dirija á Tacubaya, cuando allí mismo es donde se publica? Ya se ve, de á legua se conoce que V. no sabe lo que trae entre manos. No señor, el Lucero es un periódico libre, independiente, y acaso el único de oposicion que existe entre nosotros. A sus redactores si que se puede aplicar lo que en el coloquio de los perros pone Cervantes en boca de Cipion. „Muy bien dices, Berganza, por que yo he oido decir desa bendita gente, que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él”. . . .

Una sola cosa le echa V. en cara al Tornavoz, y á fé mia que es respecto de él tan injusto como con todos los demas. Sin embargo, se le debe agradecer el que no se estendiese, pues yo me esperaba que por lo menos hubiera dicho lo siguiente: „Los redactores del Tornavoz escriben muy de prisa y de consiguiente muy mal: su empresa es la mas descabellada que darse pueda, porque el advertir sus defectos á actores que se tienen por otros tanto caballeros y damas *sans peur et sans reproche*, es obra de romanos; y el exortar á los imperturbables empresarios de nuestros teatros, es predicar en desierto. No está todavia el público de nuestro pais tan ilustrado que se atreva á silbar una mala pieza ó un mal actor; aun no ha comido la civilizacion su genial bondad; así es que sufre con paciencia los mamarrachos que le representan y las muecas que le hacen, gasta su dinero y aplaude tal vez por un efecto de su benevolencia, de la misma manera que el manso corderillo lame la afilada cuchilla que le va

á segar la gola. ¿Y bajo tales auspicios se ha propuesto el Tornavoz por fin de sus tareas la reforma de nuestros teatros? Bien se conoce que sus redactores no se han penetrado de esta verdad: la posicion del espectador de México es mas triste que la del *claqueur* de Paris." Una filípica por este estilo esperaba de su mordacidad.

Insensiblemente me he estendido mas de lo que queria y voy á concluir esta carta antes de que me salga V. con que es muy larga y que no la puede insertar en el Liceo; pero no quedaria satisfecho si no me burlara de V. por la negligencia con que formó su artículo, pues que se le quedaron en el tintero el Imparcial, el Comercio, el Ateneo Laterano, y no sé que otros mas. *Non omnia possumus*, amigo mio, recuerde V esa sábia máxima y vaya buscando algun destinillo, porque (hablando con toda sinceridad) tengo mis *barruntios*, como dice Tirabeque, de que ha de manejar mejor la azada que la pluma.

No crea que el despecho me ha inspirado esa caritativa insinuacion; muy al contrario, me da V. lástima y por esto le ofrezco generosamente toda mi proteccion y valimiento.

Desea á V. completo alivio de la comezon de escribir que tan fiera le atormenta, su atento servidor que B. S. M.

Pantaleon Zacarias Escribidor, Galicin, de la Gerigonza y Articulejo.

Post-Scriptum.

Se me pasaba decirle á V. que no he defendido á la Guirnalda (supongo que de ella querria que se entendiese aquello de la matrona coronada de arzobispos) porque la lectura de ese periódico forma su mejor apologia. Léala V., si puede, y se convencerá de esta verdad. Le recomiendo á V. igualmente la oracion civica del Sr. gobernador de Californias que ha publicado el Diario. No puedo menos de citar aquí las siguientes notables palabras de su exordio: „Conciudadanos: hoy completa *ocho mil cuarenta y tres vueltas* el planeta que habitamos *al derredor de ese sol radiante*, desde aquel dia venturoso y de eterna remembranza en que vió consumada la independencia nacional. ¡Asombroso descubrimiento! Pobre cronología, pobre historia, ¿es posible que no hubiéseis caido en cuenta de que mil años antes de la creacion del mundo, ya nosotros los venturosos mexicanos cantábamos allá en la mente de Dios:

„Somos independientes,
Viva la libertad?"

Con lo dicho conocerá V. si este discurso no es de aquellos en que se ven unidas la *ciencia* y la *elocuencia* y cuya lectura produce *esquinencia* al paso que ejercita la *paciencia*. Vale.

LA PRIMAVERA.

ENDECHAS REALES.

A la apacible brisa
Soplando dulcemente
En el prado riente
Hojas esparce de purpurea flor.

Graciosas pastorcillas
Con risa placentera
Forman danza ligera
Cubriendo el rostro virginal pudor.

La azucena que airosa
Descuella entre las flores
Con sus gratos olores
La vuelta anuncia del florido abril.

Y ya en las selvas se oyen
Los cánticos suaves
De mil pintadas aves
Y el dulce son de flauta pastoril.

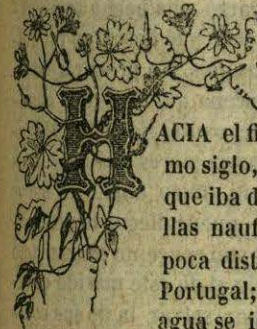
Contento deja el lecho
El labrador ansioso
Apenas ve gozoso
De la mañana el fúlgido arrebol.

El tierno corderillo
Retoza en la llanura
Y en la corriente pura
La llama templa del estivo sol.

Mas oh fatal destino
Tras el verano hermoso
Camina presuroso
El cano invierno con adusta faz.

Así á los bellos dias
De juventud brillante
Sucede el fiero instante
Término triste del vivir fugaz.--J.

LA CALMA.



HACIA el fin del decimo septimo siglo, el navio „Comercio” que iba del Hávre á las Antillas naufragó en alta mar á poca distancia de la costa de Portugal; gran porcion de agua se introdujo por la quilla y el navio zozobró á pesar de los esfuerzos de los marineros y la tripulacion, que se componia de veinte y ocho hombres fué sumergida en los abismos del oceano.

Por un instante se vieron flotar algunos hombres sobre las olas; sus gritos y amargas quejas llegaban hasta las nubes; tres fueron los únicos que sobrevivieron abrazados de los restos de un mástil.

Estos tres desgraciados flotaron todo el dia á merced de las olas, y en vano buscaban del lado del horizonte un terreno en que pudiesen abordar á un buque que los recogiese; lanzaban melancolicas miradas al cielo aun cubierto de nubes; y sintiendo la disminucion de sus fuerzas, rogaban fervorosamente y lloraban de desesperacion, pero nada aparecia en el inmenso y solitario espacio, y el fatal momento se acercaba en que sus manos yertas y tiezas iban á abandonar el mástil que los sostenia.

Enfin, hácia media noche, con la apacible claridad de la luna, percibieron una costa desconocida y un buque medio encallado, cuyo casco se confundia por la oscuridad con las rocas de la costa. Uno de los naufragos quizo sacar algo su cuerpo para dar voces anunciando su desgraciado estado, pero sus esfuerzos fueron vanos, afortunadamente la corriente los conducia hácia la playa con direccion al buque, de donde fueron divisados é inmediatamente salvados.

El buque que los recogió llamado el „Formidable” se dirigia á la Pointe-Pitre, pero la corriente lo habia arrojado sobre las rocas, y á pesar de esto poco habia padecido, y aguardaba

solamente la subida de la marea para hacerse á la vela. En efecto, el siguiente dia el „Formidable,” se alejó con un viento próspero. Era un excelente velero, sólidamente construido, y durante algunos dias caminó con velocidad, pero pronto cesó el viento, una calma completa puso al buque inmovil y ninguna maniobra pudo hacerlo avanzar. La mar estaba tan tersa como un espejo, y el sol brillaba en medio de un cielo sin nubes.

La agua y los víveres comenzaron á faltar; y la tripulacion esperimentó los horrores del hambre. La carne fresca que habia á bordo se habia acabado hacia algunos dias y la salada pronto fué consumida. Procuraron cojer pescados formando unos con trapos y estopa, pero á pesar de este ardid la pesca no tuvo buen éxito, y la calma continuaba.

Si la escases es espantosa cuando aflije nuestros campos, cuanto mas terrible es en un buque, donde no hay medios de evitarla; figuraos unos seres humanos hacinados en un estrecho espacio, separados únicamente por algunas tablas de los profundos abismos del oceano, abrazados por los rayos del sol, pálidos y macilentos, disputándose alimentos medio podridos, que cada dia se disminuian, sobrellevando á penas una existencia próxima á extinguirse, alimentándose con paja deshecha y cuero, alimento cuya sola idea oprime el corazon; pensad lo horroroso de esta muerte, consecuencia inevitable de tormentos tan atroces, lejos de su patria, de su familia y en total abandono entre el firmamento y el mar, sin socorros, sin consuelo, pues el infortunio aisla á los hombres; en estas fatales circunstancias el instinto de conservacion habla solamente, todos los lazos están rotos, y todos los sentimientos generosos apagados por el vil egoísmo.

Tal era la situacion de la tripulacion del „Formidable,” habia llegado á este grado de afliccion y de miseria de qué los anales de la ma-

ria presentan varios ejemplos, en cuyos casos se concibe la triste idea de sortear para inmolar una víctima al hambre de los otros. Esta idea homicida estaba pintada en todos los semblantes y miradas; sin embargo ninguno se atrevia á proferirla.

Una tarde se hallaban reunidos los tres naufragos del „Comercio” sobre el alcázar de atras y uno de ellos llamado Lachan se levantó apresuradamente y se dirigió al castro de los marineros del „Formidable.”

„Amigos míos, les dijo, con voz débil, cuando me hallasteis en medio del oceano estaba destinado á morir, vosotros fuisteis mis libertadores, os ofrezco mi vida para prolongar la vuestra algunos dias; no tengo parientes ni familia y así me entrego sin temor á la muerte; la suerte podria tocar á otro que abandonaria á sus hijos y á su cara madre... vale mas que voluntariamente sacrifique mi existencia... Mis últimas plegarias serán dirigidas al Todopoderoso por vosotros. ¡Plegue al cielo cese la calma que os detiene y podais abordar á alguna playa donde encontrareis socorro!” Esta proposicion fué escuchada con horror; mientras mas generosa y sublime parecia, mas vacilaban en aceptarla; ninguno osaba proferir una palabra; la humanidad, la moral y la razon conservaban aun en los corazones

un imperio, que aunque débil, se sobreponia al del hambre. Las sensaciones que agitaban á los marineros del „Formidable” eran de aquellos que son indefinibles si no se han experimentado, y muy pocos de los que han pasado por estas crueles pruebas, han sobrevivido para relatar sus padecimientos.

Un marinero flaco y macilento que roia en un rincon un pedazo de cuero hizo esfuerzos y se medio levantó, agarró una hacha se arrastró hasta cerca de Lachan y le descargó tal golpe que le derribó á sus piés. No procuraré describir la espantosa escena que sucedió; cuando se lea la relacion del naufragio de la „Medusa” se encontrarán pormenores análogos á los que aquí suprimo; mi único objeto es hacer ver hasta que punto puede llegar la abnegacion de si mismo. En mi concepto ningun acto heroico es comparable al de este marino oscuro, que dió su vida por salvar la de sus compañeros.

La misma noche sopló el viento y á otro dia desembarcaron en las Azores, donde la tripulacion olvidó sus fatigas y sus tormentos. De manera que un solo dia hubiera salvado al desdichado Lachan y evitado á los marineros, un crimen que su misma situacion no puede disculpar.

T. por L. M.

SAN VICENTE DE PAUL.



QUIEN lea con atencion la vida de S. Vicente de Paul, luego se persuadirá de que Dios mandó á este gran santo á la tierra para cumplir en aquellos tiempos con altos designios en la Iglesia y ejercer un poderoso influjo en los venideros. A los ojos de los fieles se presenta como un fenómeno en el orden de la gracia, que da testimonio de la accion constante del Autor de la religion, quien la hace triunfar en las luchas que sostiene contra las

pasiones humanas, quien la consuela en medio de las tribulaciones que padece, quien repara para las pérdidas que tiene, quien convierte el sangre de sus mártires en fecunda semilla de cristianos, quien la mantiene en medio de las catástrofes y trastornos del mundo, inmóvil siempre en el seno de las tempestades, siempre poderosa para curar las heridas del cuerpo social, siempre fecunda para multiplicar sus beneficios en la tierra y sus elegidos en el cielo.

Hace ya cerca de dos siglos que terminó S. Vicente su larga carrera de buenas obras por

ra ir á recibir en el cielo la corona inmortal debida á sus méritos, y su memoria está tan presente, que parece que murió ayer. De un polo al otro se pronuncia su nombre con veneracion; en todas partes son sus obras conocidas, y solamente el recuerdo de su vida, despierta dulces emociones en el corazon. Todos los proyectos que tienen por objeto el alivio de la miseria, buscan el patrocinio de S. Vicente, y para interesar las almas cristianas en favor de la indigencia se apropian sus sentimientos, toman sus palabras y citan su ejemplo. Rara vez se lee dos veces la vida de otro santo, pero la de S. Vicente de Paul se lee y vuelve á leer con mas gusto; porque gusta el espíritu de meditar el misterio de la gracia divina que se obró en él; de contemplar la profundidad de las riquezas de la ciencia y sabiduria de Dios, que presentan las maravillas que obró el Señor tomándolo por instrumento. Si el corazon del lector llega á penetrar en el hermoso, noble y grande de S. Vicente de Paul, sentirá que se dilata, se enciende, se abre á las tiernas emociones de la caridad; y cuando se recorren todas las circunstancias de su vida, nadie es dueño de dejar de apropiarse algo de la celestial alma del santo. Y luego queda un no sé qué, que anima á seguir la virtud y mejorar de conducta.

Con mucha elocuencia nos dice la vida de este gran santo que Dios es admirable en sus santos; y tambien nos demuestra cuán diversas son las obras de la religion de las obras humanas. ¿Quién es S. Vicente de Paul á los ojos de los hombres? Un gran genio que supo concebir grandiosos proyectos para el bien de la humanidad, y que supo tambien procurar medios poderosos para realizarlos: un genio extraordinario, dotado de sentimientos elevados y sublimes ideas que ha inmortalizado su nombre, repartiendo inmensos beneficios por todo el mundo. Pero de este modo, esto es, reduciéndolo á las proporciones, aun cuando sean las mas perfectas, del espíritu humano, se hace pequeño á este grande hombre y se le quita á su vida todo el atractivo y la fuerza que tiene para el corazon; y si la religion ha elevado en sus altares á S. Vicente de Paul, es porque mira en él algo mas que un hombre privilegiado por la naturaleza; pues ve una obra maestra de la gracia, un instrumento de la Providencia divina que se declara el consuelo de los afligidos, la proteccion de la viuda y del huérfano, y que vela incessantemente por el alivio del pobre y del necesitado. Mira en él la religion un hombre extraordinario, destinado á obrar ma-

Tom. II.

ravillosas acciones, pero sin recibir mas inspiraciones que las del cielo y sin mas poder que el de la gracia; un hombre que no derrama en la tierra sino los beneficios que saca de los tesoros de la bondad de Dios, y que camina por la carrera de sus buenas obras conducido por la mano de aquel que formó su corazon y lo dotó de sentimientos de compasion y misericordia.

Hay otra cosa mas en él, y es el prodigio mas edificante y mas admirable de su vida, y el prodigio de la humildad cristiana: para que desempeñe su alta mision es preciso que el poder humano sea nulo en él. En los designios del Señor va creciendo á medida que se cree mas pequeño, y obra grandes cosas cuando se juzga incapaz de hacer el mas pequeño beneficio: cuando se oculta á la vista del mundo y se esconde en un oscuro rincon, entonces se hace el objeto de la admiracion y del reconocimiento de los pueblos. En esta conducta está el secreto de cómo es un hombre de Dios á propósito para toda obra buena. Desde el momento en que las ideas del mundo dejan de ejercer un imperio en su espíritu, se hace instrumento digno de la divina Sabiduria; y en cierto modo la Providencia se identifica con él, y forma con él un todo, porque es seguro que no le arrebatará la gloria de sus obras. Sigámoslo en la larga y brillante carrera que recorre: ninguna maravilla obró S. Vicente, ni aun tan solo tiene el pensamiento de obrarla: los lugares en donde trata de esconderse son precisamente el teatro, en donde contra su prevision va á manifestarse mas su virtud; las ocasiones de hacer un bien se presentan por si solas, y tales son las circunstancias, que aun cuando el deseara evitarlas no le es posible; teme llamar la atencion de los hombres, procura que otros hagan las obras que se le presentan, pero á su pesar se ve obligado á realizarlas. Admira todo el mundo la caridad ilimitada que derrama su corazon, las empresas gigantescas que salen de sus manos y solo él no puede explicar la causa de esta admiracion; asómbrale el que otros se admiren y asegura ingenuamente que no ha tenido ni la idea de hacer lo que se le atribuye. ¡Cuán superior es todo esto á los pensamientos humanos!

Bello cuadro presenta á la meditacion del cristiano la obra de Dios en este gran santo; vese con ternura que la Divina Providencia va á buscar el instrumento de sus maravillas, no entre los poderosos y sabios del siglo, sino en la oscuridad, en la pobre cabaña de un miserable labrador; prepara en secreto su corazon